

Una reveladora carta inédita de Castelao

Xavier Costa Clavell

L A noble figura de Alfonso R. Castelao se recorta con perfiles señeros en el horizonte político gallego de los años de la República, adquiere caracteres dolorosamente patrióticos en el ensangrentado trienio de la guerra civil y alumbraba con mesura y lucidez las sombras de la inicua postguerra. Nadie luchó con tanto tesón, con tanta entrega y tan inteligentemente como Castelao por la recuperación de la identidad nacional gallega a lo largo del siglo XX. A su esforzada labor y a su clara visión política se debieron, en gran parte, el triunfo abrumador en el referéndum del Estatuto celebrado el 26 de junio de 1936.

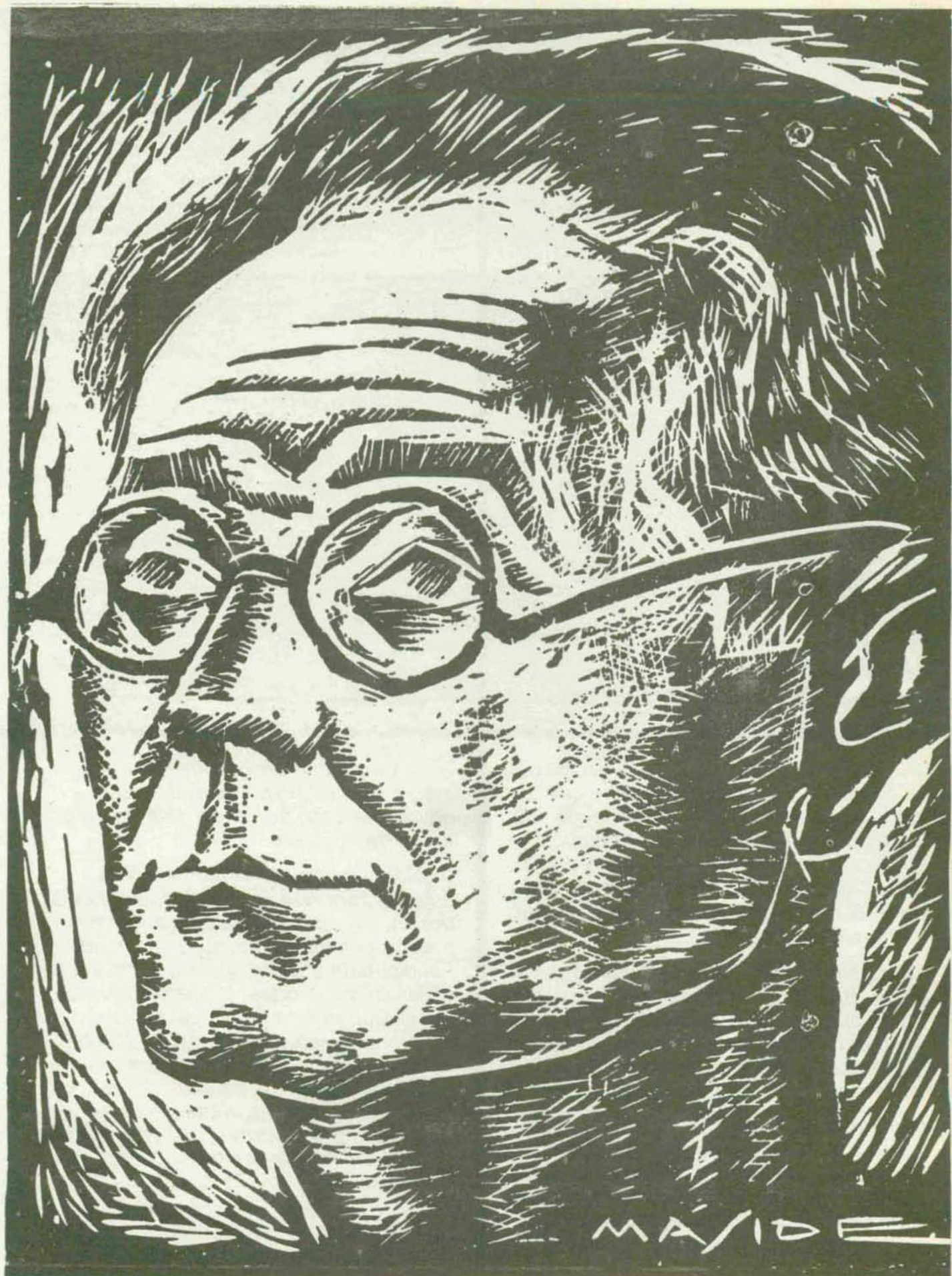
CAMPEON DEL GALLEGUISMO

El, un hombre políticamente moderado, un populista a fin de cuentas —utilizo aquí el vocablo populista en su acepción más limpia y generosa—, supo intuir que sólo aliándose el Partido Galleguista con la izquierda obtendría Galicia la ansiada autonomía. Por eso, al estructurarse el Frente Popular de cara a las elecciones de 1936, Castelao no vaciló en influir decisivamente para que el PG hiciera causa común con los partidos que integraban aquella coalición política. De otra forma, los galleguistas no hubiesen contado con los apoyos mínimos para sacar adelante el Estatuto.

Castelao no era ciertamente un político ali-corto y rastacuero: era, nada más ni nada menos, un patriota gallego, un hombre entregado por entero a la causa de Galicia. Lo que a él le interesaba primordialmente era el rescate histórico de su país, lo que valía tanto como decir el renacimiento de su diferenciada cultura, la consolidación de una economía beneficiosa para las especiales características estructurales de Galicia y la construcción de una sociedad medularmente gallega. Todos sus movimientos políticos estuvieron siempre deter-

minados por los intereses nacionales de Galicia. Jamás se movió Castelao por miras espurias, venales o banales. Ni siquiera por logros partidistas. Porque hay que precisar que su partido, el Galleguista, no era en realidad un partido convencional, sino más bien un movimiento nacionalista. El PG carecía de una ideología concretamente definida y existía porque un cerrado centralismo secular hacía viable, imprescindible su existencia.

El auténtico galleguismo no era de derechas ni de izquierdas. Si bien no puede negarse que hubo una facción de galleguismo situada hacia la derecha (en torno a Otero Pedrayo y Vicente Risco) y otra considerada más de izquierda (alrededor de la figura carismática de Castelao), estas etiquetas tienen muy relativo valor dentro del movimiento galleguista. Los galleguistas buscaban despertar la conciencia del país con el objeto de que reclamase el reconocimiento oficial —política y legalmente— de sus señas de identidad nacional. Si Castelao y sus seguidores decidieron inclinarse hacia la izquierda e integrarse en el Frente Popular en las elecciones de 1936 fue simplemente porque comprendieron que la derecha se negaba y se negaría siempre en



Retrato de Castelao. Grabado en madera, por Carlos Maside.

Sr. Vandellós: Por un amigo que habló con Honorato de Castro en París supe que un compañero mío estaba al frente de los Servicios de Estadística en Venezuela y me facilitó su nombre, que recuerdo sin poder identificarlo con su persona. Perdóneme, pues, que me dirija a V. de un modo tan anormal.

Me encuentro en New-York como refugiado. Busco un modo de vivir y a estas horas aún no tengo probabilidad de encontrarlo. Quizá sepa V., quién soy y conozca todos mis antecedentes; pero yo voy a recordárselos muy brevemente.

Ingresé en el Cuerpo auxiliar de Estadística el año 1915 y a los tres años gané el ingreso en el Cuerpo facultativo, utilizando mi título de licenciado en Medicina. El procedimiento y dificultades para ingresar en Estadística ya sabe V., cuáles son.

He prestado mis servicios siempre en la

Sección provincial de Pontevedra, en que jamás se me hubiera expedientado, y mi último ascenso fue el de Jefe de Negociado de 2.^a clase.

Debido a mi personalidad de artista y escritor y ¿por qué no decirlo?, de orientador de mi pueblo fui empujado hacia la política cuando se instauró la República. Fui diputado en las Constituyentes y lo fui en las últimas Cortes. Mi filiación constaba en el Congreso como "galleguista". En las Constituyentes no estuve adscrito a minoría alguna y por mi carácter moderado voté según me pareció. De esta vez figuré en el grupo parlamentario de "Izquierda Republicana", cuya filiación consta en mi carnet de diputado, que conservo.

Durante la guerra mis actividades se han reducido a la publicación de dos álbums de dibujos para condenar los crímenes que se cometieron en mi tierra, y en el extranjero (EE-UU y Cuba) hice propaganda antifascista entre los intelectuales, es decir, los españoles demócratas.

Se ha perdido la guerra y no

Sr. Vandellós: Por un amigo que habló con Honorato de Castro en París supe que un compañero mío estaba al frente de los Servicios de Estadística en Venezuela y me facilitó su nombre, que recuerdo sin poder identificarlo con su persona. Perdóneme, pues, que me dirija a V., de un modo tan anormal.

Me encuentro en New-York como refugiado. Busco un modo de vivir y a estas horas aún no tengo probabilidad de encontrarlo. Quizá sepa V., quién soy y conozca todos mis antecedentes; pero yo voy a recordárselos muy brevemente.

Ingresé en el Cuerpo auxiliar de Estadística el año 1915 y a los tres años gané el ingreso en el Cuerpo Facultativo, utilizando mi título de licenciado en Medicina. El procedimiento y dificultades para ingresar en Estadística ya sabe V., cuáles son.

He prestado mis servicios siempre en la

Sección provincial de Pontevedra, sin que jamás se me hubiera expedientado, y mi último ascenso fue el de Jefe de Negociado de 2.^a clase.

Debido a mi personalidad de artista y escritor y, ¿por qué no decirlo?, de orientador de mi pueblo fui empujado hacia la política cuando se instauró la República. Fui diputado en las Constituyentes y lo fui en las últimas Cortes. Mi filiación constaba en el Congreso como «galleguista». En las Constituyentes no estuve adscrito a minoría alguna y por mi carácter moderado voté según me pareció. De esta vez figuré en el grupo parlamentario de «Izquierda Republicana», cuya filiación consta en mi carnet de Diputado, que conservo.

Durante la guerra, mis actividades se han reducido a la publicación de dos álbums de dibujos para condenar los crímenes que se cometieron en mi tierra, y en el

Yo ya no pretendo, después de una larga vida de trabajos, rehacer mi pequeña fortuna, mi bienestar o mi felicidad lejanas. Sólo busco un modo honrado de ganar lo necesario para vivir en compañía de mi mujer. Eso es todo. ¿Podría V. ofrecerme un puesto de trabajo a su lado y a sus órdenes? ¿Podría V. gestionar un puesto en el Cuerpo de Estadística de Venezuela conociendo mis cualidades y mis antecedentes?

No hay para qué decir que mi respeto, mi lealtad y mi agradecimiento al país y al Gobierno que me protejan será absoluto. En ningún momento in-

extranjero (EE.UU. y Cuba) hice propagandas antifascistas entre los nuestros, es decir, los españoles demócratas.

Se ha perdido la guerra y no participo del optimismo de muchos republicanos que todavía sueñan con un regreso triunfal a nuestra patria. Sin ser pesimista pretendo estar en lo cierto al pensar que quizá tengamos que morir desterrados. Y por lo tanto, se nos presenta como primer problema el de ganarnos honradamente la vida. Ese es un país de inmensas posibilidades, que atrae la atención de mucha gente. Yo ya no pretendo, después de una larga vida de trabajos, rehacer mi pequeña fortuna, mi bienestar o mi felicidad lejanas. Sólo busco un modo honrado de ganar lo necesario para vivir en compañía de mi mujer. Eso es todo. ¿Podría V., ofrecerme un puesto de trabajo a su lado y a sus órdenes? ¿Podría V., gestionar un puesto en el Cuerpo de Estadística de Venezuela

conociendo mis cualidades y mis antecedentes, intromisión en la política de Venezuela. De esto puede V. estar seguro.

Y nada más, amigo y compañero. Si esta carta llegase a manos de quien supongo espero que será recibida y atendida con afecto.

Le doy las gracias por anticipado y me coloco incondicionalmente a su disposición. Le saluda y ofrece muy afectuosamente su amigo y compañero

Alfonso R. Castelas

New York, 20 - junio - 1939

Mis señas:

141 - West - 85 street
New York City
E E - U U

conociendo mis cualidades y mis antecedentes?

No hay para qué decir que mi respeto, mi lealtad y mi agradecimiento al país y al Gobierno que me protejan será absoluto. En ningún momento intervendría en nada que pudiera suponer intromisión en la política de Venezuela. De esto puede V. estar seguro.

Y nada más, amigo y compañero. Si esta carta llegase a manos de quien supongo espero que será recibida y atendida con afecto.

Le doy las gracias por anticipado y me coloco incondicionalmente a su disposición. Le saluda y ofrece muy afectuosamente su amigo y compañero.

ALFONSO R. CASTELAO
New-York, 20 junio 1939

Mis señas: 141 - West - 85 street
New-York City. EE.UU.



Castelao visto por el mismo.

redondo, con su característica cerrazón, a aceptar una España que reconociese a sus diversas nacionalidades el derecho a la autonomía. Pero no sería justo olvidar que la derecha del galleguismo también votó a favor del Estatuto en junio de 1936.

POLITICO MODERADO

Castelao —que todos estos años ha venido siendo utilizado de forma descarada, tanto por las derechas como por las izquierdas, y

parece que la falacia va para largo— era —pese a que incluso se ha pretendido endosarle gratuitamente a su postura también la etiqueta marxista— más bien un hombre políticamente moderado. El mismo lo dice de forma explícita en una carta, llena de interés histórico, escrita en Nueva York el 20 de junio de 1939. La carta iba dirigida al señor Vandellós, economista y especialista en demografía, que había ido a Venezuela contratado por el Gobierno venezolano para organizar allí la entidad encargada de efectuar las estadísticas. Este señor había trabajado en Cataluña, en los años de la República, en el Instituto de Investigaciones Económicas. En la carta, objeto de este trabajo, Castelao le pedía a Vandellós un puesto de trabajo a su lado.

En las breves notas autobiográficas que encabezan la carta, Castelao se expresa con su característica modestia. Del tono sencillo de la misiva se desprenden asimismo aquella sinceridad y aquella total ausencia de doblez que informaban su manera de ser y de comportarse, tanto en público como en privado. Castelao, no obstante, tuvo una actuación más amplia e importante a lo largo de los tres años de la guerra civil, de modo particular en todo lo que estaba relacionado con Galicia. Apoyó constantemente la lucha de los gallegos contra los que pretendían implantar la dictadura en el país y se convirtió, recorriendo la zona republicana, en un incansable divulgador de las ideas democráticas. En Barcelona fue el alma de la revista «Nova Galicia. Boletín quincenal dos escritores galegos antifeixistas», en cuyas páginas colaboraban Rafael Diesta, Ramón Suárez Picallo, Arturo Cuadrado, Otero Espasandín, Eduardo Blanco-Amor, Ramón Cabanillas Álvarez—hijo del poeta Cabanillas Enríquez—y otros escritores y los artistas Colmeiro, Ramón Gaya y el gran pintor y poeta, recientemente fallecido, Luis Seoane, entre otros.

Hay que decir también que, gracias a la previsión de Castelao, el texto del Estatuto de Galicia tomó estado parlamentario en la sesión celebrada por las Cortes republicanas en el Monasterio de Montserrat, el 1 de febrero de 1938. De nada valdría a la postre este hecho, puesto que la guerra se perdió, pero, de haber sido otra la suerte de la República, Galicia hubiese contado, gracias a la previsora labor de Castelao en aquellos momentos —a la que, por cierto, se opusieron los socialistas gallegos—, con un precedente parlamentario que hubiese posibilitado una rápida puesta en marcha del Estatuto gallego a nivel constitucional.



Castelao y su mujer, Virginia, en la estación de Burdeos, ya en la ruta del exilio.

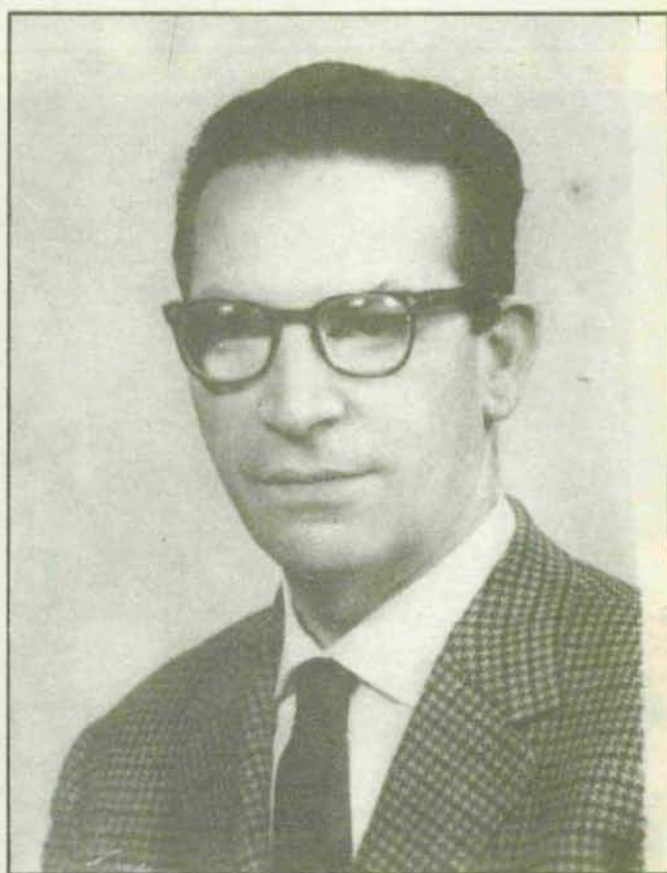
CASTELAO Y EL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES HISTÓRICAS

Castelao, dicho sea de paso, tenía una visión muy clara —y muy actual aún— del problema de las nacionalidades que integran las Españas. Lo que él dice al respecto en **Sempre en Galiza** —obra cuya primera edición apareció en Buenos Aires en 1944 y cuyo contenido aparece hoy rebasado parcialmente por la dinámica histórica— enlaza todavía con la actualidad política en 1979, cuando la ceguera y el egoísmo de la derecha —dirigida por una UCD carente de ideología y aferrada obscenamente al poder— impiden solucionar racional y duraderamente el problema de las autonomías:

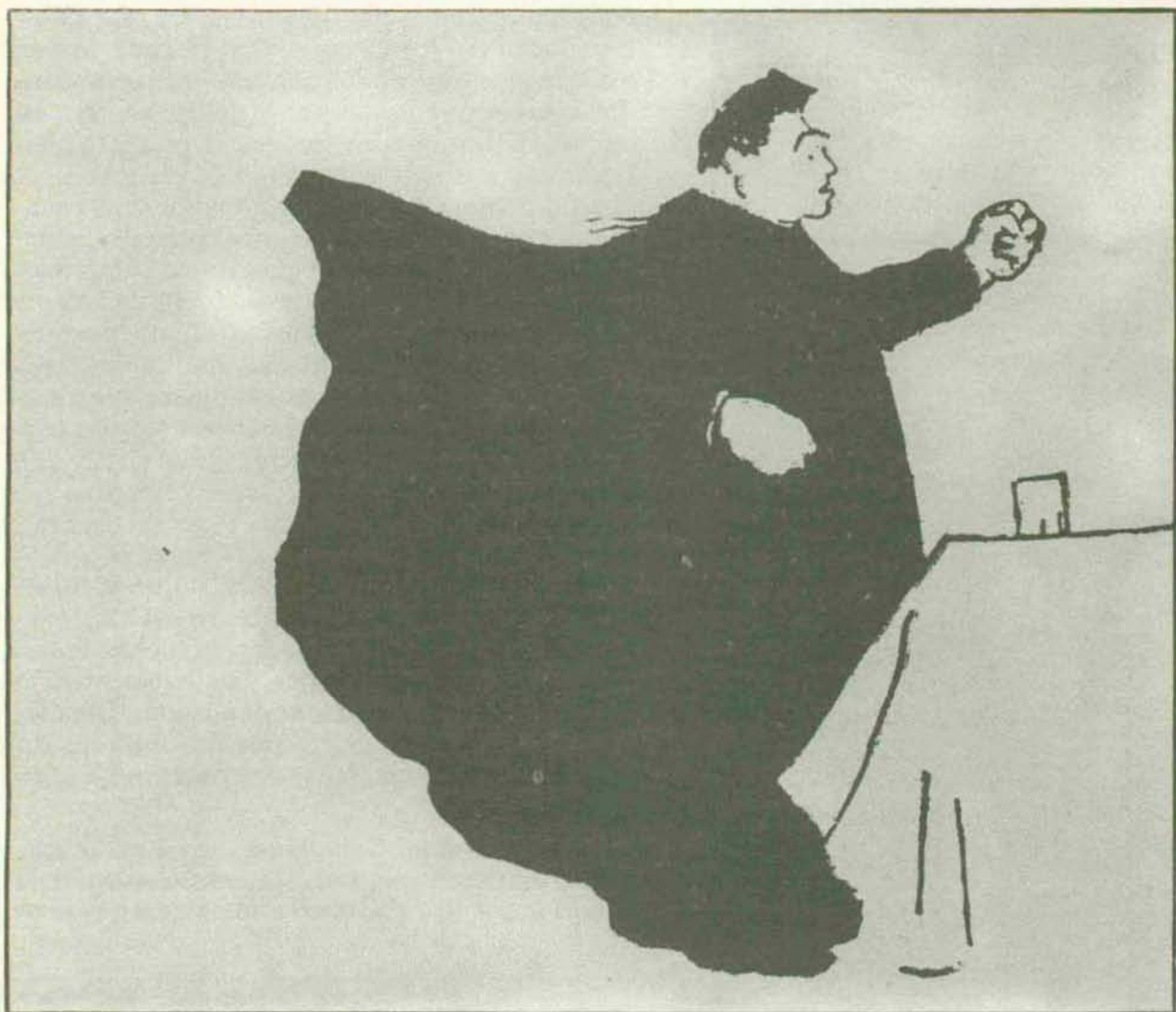
«El problema de Cataluña, Euskadi y Galicia no es privativo de España, pues forma parte del cuadro europeo y va unido al plan más racional de reconstrucción política de Europa, cualquiera que sea el bando que imponga las

condiciones de la paz. Así, pues, los españoles incapaces de comprendernos, porque jamás quisieron comprender a nadie, quizá aprendan a saber que la soberanía de España era un cuento. Estamos convencidos de que esta guerra matará muchos aspectos de nuestro programa democrático —quizá los más entrañables—; pero no hay razón para concederle una prórroga de siglos a la hegemonía castellana». Tal vez aquí estuviera más adecuado decir hegemonía centralista que castellana, porque, a estas alturas, hablar de hegemonía de Castilla resulta impropio y no se ajusta mínimamente a la realidad de los hechos. No son castellanos siempre, ni mucho menos, los que imponen, hoy por hoy, el centralismo, sino que precisamente los campeones de la sagrada unidad española son no pocas veces políticos vascos, gallegos o catalanes. Los que invocan —más o menos interesada o irracionalmente— la sagrada unidad de la patria olvidan o no saben que en la política y en la historia no hubo, no hay ni habrá nunca nada sagrado, porque se trata de dos áreas, dos mundos dinámicos por naturaleza, en constante evolución y cambio.

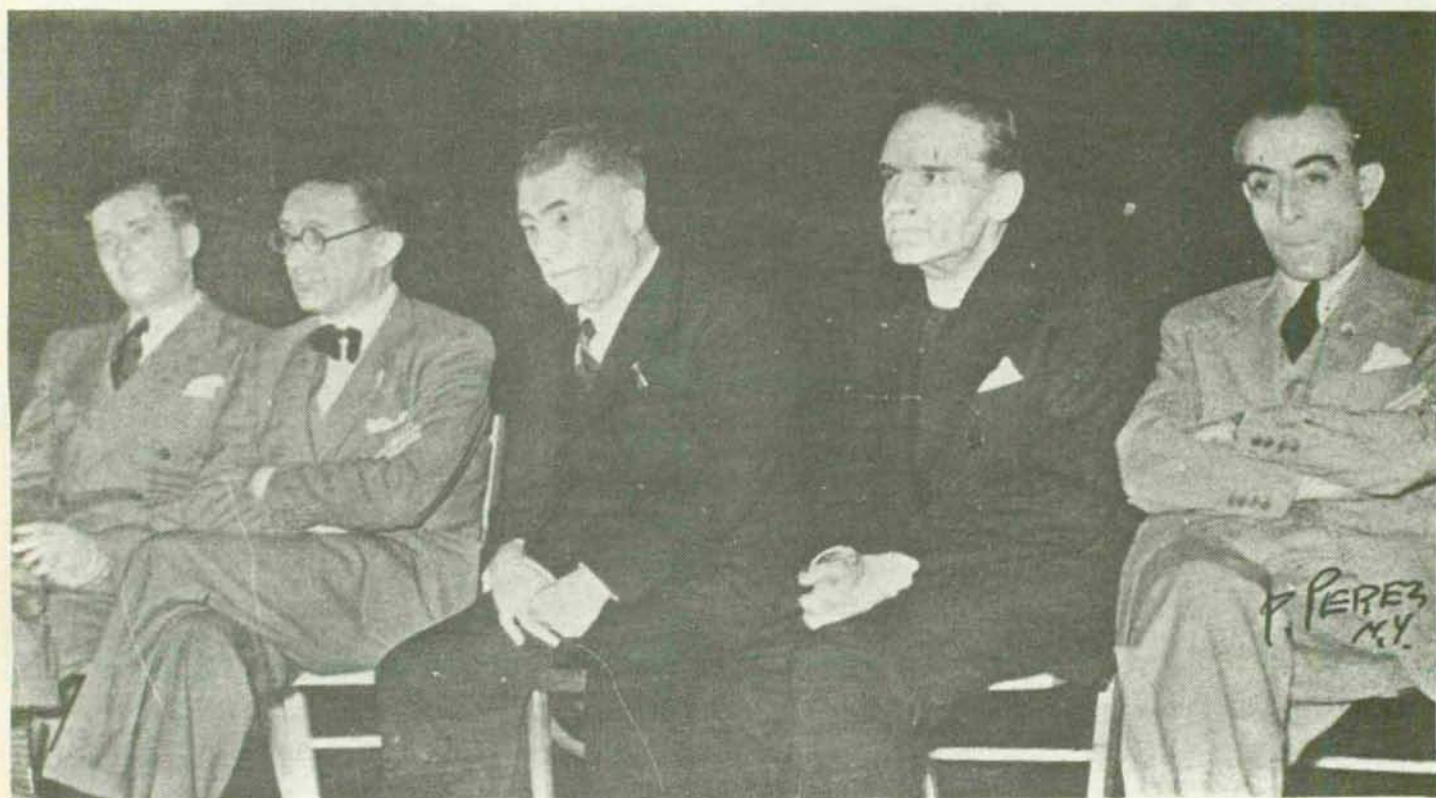
«Alguien —dice Castelao— intentó matar nuestras ilusiones con esta profecía (en este momento sólo cabe profetizar): “Va a revivir



Ramón Piñero, en 1966.



Basilio
Alvarez,
visto
por
Castelao.



Castelao, en un acto en pro de la República Española, celebrado en Nueva York. (De izquierda a derecha: Ramón Suárez Picallo, Castelao, Basilio Alvarez, el Reverendo Lobo y Marcial Fernández).

la España de Felipe II, y Portugal tendrá que reintegrarse al Estado español". Claro está que no se refería a la empresa del gran imperio mundial de aquella España, sino a la reintegración política de la Península. Imaginemos que esto fuese cierto: si Portugal se federase con España, los galleguistas veríamos cumplida una parte de nuestra cultura, y porque la entrada de los portugueses originaría una fuerte oposición a la hegemonía de los castellanos, abriendo una brecha en el sistema unitario y absorbente. Si España invadiese a Portugal no por eso sería capaz de asimilarla y entonces el problema de las nacionalidades hispánicas se vería reforzado por un nuevo resentimiento. Y Cataluña, Euskadi, Galicia y Portugal no tardarían en abatir la soberbia de Castilla. Se abatiría incluso por sí sola, por indigestión...».

MINISTRO EN UN GOBIERNO EN EL EXILIO PRESIDIDO POR GIRAL

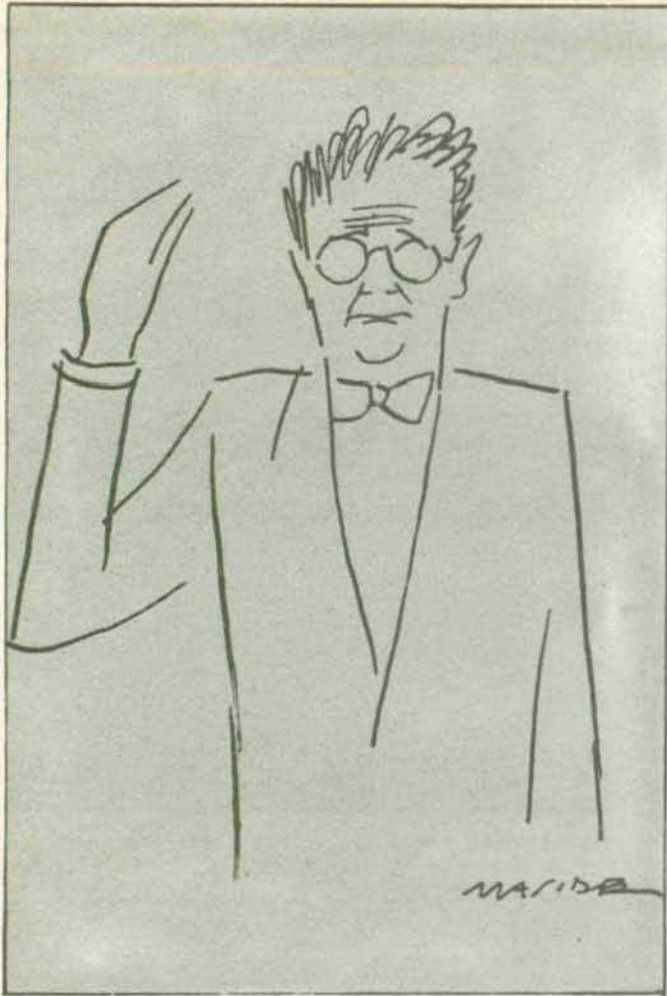
Castelao llegaría a ser ministro de uno de los



Francisco Fernández del Riego. un viejo y leal galleguista.



Castelao en Buenos Aires, relocando las caretas de su obra teatral «Os vellos non deben namorarse» («Los viejos no deben enamorarse»).



Castelao en la Asamblea de Ayuntamientos de Galicia, en Compostela (según un dibujo de Maside).

gobiernos de la República en el exilio —presidido por Giral—, apoyado por los galleguistas que habían quedado en el interior de Galicia. Ramón Piñeiro —uno de los principales animadores de la Editorial Galaxia y codirector de la revista «Grial», con Fernández del Riego, que había sido uno de los primeros en intentar aglutinar las dispersas fuerzas del Partido Galleguista en los años de la postguerra española—, tras una reunión con políticos vascos y catalanes, se entrevistó en París con Giral para proponer la inclusión de un ministro gallego en el Gobierno republicano, en el que ya figuraban un representante vasco y otro catalán. La gestión de Piñeiro fue hecha en nombre de todos los demócratas gallegos del interior, que coincidían en considerar a Castelao como la figura más idónea para ostentar su representación. A su regreso a España, Ramón Piñeiro sería detenido y condenado a seis años de prisión, estando encarcelado durante tres en Alcalá de Henares, Ocaña y Yserías.

Alfonso R. Castelao, que viviría exiliado en

Buenos Aires hasta el 7 de enero de 1950, fecha de su fallecimiento, nunca se hizo demasiadas ilusiones sobre la posibilidad de un rápido restablecimiento de la legalidad republicana en España. Conocía muy bien las suicidas divisiones existentes entre los grupos de exiliados y no compartía en modo alguno el gratuito optimismo de quienes creían que la caída de Franco sobrevendría pronto y colocaría a los vencidos en la guerra civil en una posición política privilegiada.

«QUIZA TENGAMOS QUE MORIR DESTERRADOS»

En la carta que motiva el presente trabajo, Castelao decía, con singular clarividencia:

«Se ha perdido la guerra y no participo del optimismo de muchos republicanos que todavía sueñan con un regreso triunfal a nuestra patria. Sin ser pesimista pretendo estar en lo cierto al pensar que quizá tengamos que morir desterrados. Y por lo tanto, se nos presenta el problema de ganarnos honradamente la vida».

Desgraciadamente, el presentimiento de Castelao se cumplió. El y otros muchos políticos demócratas murieron en el exilio. Entre los gallegos, Basilio Álvarez —muerto en un hospital de Florida en 1943—, que había animado las luchas agrarias a principios de siglo —antes de embarcarse en la singladura lerrouxista del caciquil Partido Radical— y que, al producirse la sublevación del 18 de julio de 1936, propuso al Gobierno republicano trasladarse a Portugal, para desde allí penetrar clandestinamente en Galicia y ponerse al frente de los campesinos gallegos en contra de Franco. Otros muchos exiliados republicanos no regresarían hasta la desaparición física del dictador, cuando ya la inmensa mayoría había traspasado con creces las lindes de la ancianidad.

En su carta a Vandellós del 20 de junio de 1939, a los cuatro meses escasos del derrumbamiento de la República en España, Castelao sintió la necesidad de rehacer, en la medida posible, su vida en el exilio. Y, consecuente con su honrada trayectoria personal y política, no intentó rehacerla más que sobre la base del trabajo. «Ese —le dice a Vandellós— es un país de inmensas posibilidades, que atrae la atención de mucha gente. Yo ya no pretendo, después de una larga vida de trabajos, rehacer mi pequeña fortuna, mi bienestar o mi felicidad

lejanos. Sólo busco un modo honrado de ganar lo necesario para vivir en compañía de mi mujer. Eso es todo. ¿Podría V. ofrecerme un puesto de trabajo a su lado y a sus órdenes? ¿Podría V. gestionar un puesto en el Cuerpo de Estadística de Venezuela, conocidas mis cualidades y mis antecedentes?».

Ignoro la respuesta que obtuvo Castelao a esta petición de trabajo. Pero, en todo caso, no debió de ser positiva, ya que no se tiene noticia de que el autor de **Sempre en Galiza** hubiese estado residiendo y trabajando en Venezuela en ninguna época de su exilio. Fue la colonia gallega de Buenos Aires la que lo acogió y fue en la capital porteña donde Castelao llevaría a cabo, en los postreros años de su fecunda vida, una labor de politizada galleguización que había de dar óptimos frutos democráticos —así como en los ámbitos del arte y de la cultura— en el seno del mundo de la emigración gallega ubicada en la República Argentina.

«Pedimos —dejó dicho Castelao— que a nosa terra sexa nosa. Porque somos fillos d-ela. Porque ninguén máis **pode cumprir a súa misión histórica**. Porque levamos o seu nome pol-o mundo adiante. Porque queremos cumprir a postrimeira manda dos nosos irmáns: os que deron a vida pol-a liberdade». ¿Qué diría hoy aquel gran gallego si le fuese dado contemplar cómo, en nombre de la autonomía gallega por la que tanto había luchado él, se perpetrán las más desvergonzadas cacicadas y que los que dicen defender los intereses de Galicia continúan, como antaño, como en los peores tiempos, acatando servilmente, por pura concupiscencia, las órdenes del camuflado centralismo actual? ¿Podría Castelao resistir el espectáculo de una denominada Xunta de Galicia presidida sucesivamente por dos notorios ex franquistas precipitadamente convertidos en demócratas por obra y gracia de la inefable UCD, Sociedad Anónima de usufructo del poder y sus regalías en la España postfranquista? ■ X. C. C.



Castelao en la Biblioteca del Centro Orensano de Buenos Aires (fotografía tomada pocos días antes de su fallecimiento).